

A «Nuestra Señora de Yucatán,» porque es la insigne Patrona de la Iglesia y Pueblo Yucateco; porque se sintetizan en ella los favores todos, y todos los recuerdos históricos del Pilar, de los Remedios y de Guadalupe, y muy particularmente tantos beneficios locales, dispensados por Ella en las Cuatro Centurias de nuestra cultura y cristiandad.

¡Oh María Inmaculada, no ceses de mostrar que eres siempre nuestra Madre! *Monstra te esse Matrem.*

Recibid todos, venerables hermanos y amados hijos, en prueba del entrañable afecto que os profesamos como vuestro Padre y Pastor, aunque tan indigno y miserable, la Pastoral Bendición que os damos, en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

Esta Carta Pastoral será leída en la forma acostumbrada, *inter missarum solemnias*, de una vez, ó dividida en partes, desde el primer Domingo ó día festivo después que fuere recibida, en nuestra Santa Iglesia Catedral y en todas las Parroquiales del Obispado, dando cuenta con el cumplimiento.

Dada y firmada de Nos, sellada con nuestro Escudo, y refrendada y mandada imprimir por el infrascrito Oficial Mayor de nuestra Secretaría de Cámara y Gobierno, en nuestro Palacio Episcopal de Mérida, á los 25 días del mes de Junio, fiesta del Sacratísimo Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, año de 1892.

† CRESCENCIO,  
OBISPO DE YUCATAN.



De mandato de S. S. Hma. y Rma.,

José María Pérez

OFICIAL MAYOR.

CARTA ENCICLICA  
DE  
SU SANTIDAD LEON XIII PAPA  
POR  
LA DIVINA PROVIDENCIA  
A LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS, OBISPOS, Y  
DEMÁS ORDINARIOS EN PAZ Y COMUNION CON LA SEDE APOSTOLICA,  
ACERCA  
DEL ROSARIO DE LA VIRGEN MARIA

A NUESTROS VENERABLES HERMANOS LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS, OBISPOS Y DEMÁS ORDINARIOS EN PAZ Y COMUNIÓN CON LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,

LEON XIII PAPA

Venerables Hermanos, salud y bendición Apostólica :

Al acercarse el mes de Octubre, dedicado y consagrado á la Bienaventurada Virgen María del Rosario, Nos, sentimos grata satisfacción en recordar con cuánta solicitud os hemos recomendado en años anteriores, Venerables Hermanos, que excitáseis por todas partes con vuestra autoridad y celo á todos los fieles, á redoblar su piedad para con la Augusta Madre de Dios protectora omnipotente del pueblo cristiano, dirigiéndola durante todo el mes citado, fervientes oraciones é invocándola en el santísimo culto del Rosario, al cual la Iglesia ha acu-



dido siempre con resultado, sobre todo, en los tiempos y en las cosas difíciles. Esa misma voluntad nuestra, queremos expresar de nuevo este año y dirigiros y suplicaros también las mismas exhortaciones, porque á ello Nos aconseja é insta la caridad de la Iglesia, cuyas pruebas, lejos de disminuir han aumentado de día en día, en número y gravedad. Los males que Nos, deploramos aquí, son de todos conocidos; atacados y combatidos los sacrosantos dogmas que la Iglesia custodia y guarda en tradición, la integridad de la virtud cristiana que ella defiende, es objeto de irrisión; las calumnias sustentadas, los odios sublevados en todas formas contra el orden de los Obispos, y principalmente contra el Pontífice Romano, y para colmo de audacia desenfrenada y de abominación sacrílega, los ataques que se dirigen contra Dios mismo, con la intención de destruir y acabar con la obra divina de la Redención, que ningún poder, sin embargo, podrá jamás borrar ni destruir.

No son nuevas seguramente estas cosas que suceden á la Iglesia militante, porque como dijo Cristo á sus Apóstoles, su condición es de guerrear y combatir todos los días para enseñar á los hombres la verdad y conducirlos á la salvación eterna. Por esto en todos los siglos ha luchado con valor hasta el martirio, no hallando mayor gloria y alegría que en consagrar su sangre con la de su Divino Autor, en quien reside la más segura esperanza de la victoria que la ha sido prometida.

No puede ocultarse, sin embargo, cuán triste es hasta para los mejores esta dura condición de un combate perpétuo. Es, en efecto, gran motivo de tristeza, ver á tantos hombres, á quienes la perversidad de los errores y la insolencia para con Dios alejan enteramente y marchan al abismo; á tantos hombres que indiferentes para todas las religiones parecen haber rechazado la verdade-

ra fé divina; y hasta un gran número de católicos que no tienen de la religión más que el nombre y no observan las prácticas obligatorias. Y lo que aumenta este dolor, lo que agobia el alma, es considerar que esta lamentable agravación de males proceda, sobre todo, de que la Iglesia no tenga puesto alguno en el Gobierno de los Estados, ó que su saludable influencia se vea combatida, y de aquí el terrible y justo castigo del Dios vengador, que deja caer á las naciones que se apartan de Dios, en la más lamentable ceguera de entendimiento.

Por esto, la situación misma proclama cada día con mayor fuerza la absoluta necesidad para los católicos, de perseverar con celo y sin descanso (1) en las oraciones y súplicas á Dios; y esto no sólo cada uno en particular, sino preferentemente en público, reuniéndose en las iglesias para pedir á la Providencia divina que libre á la Iglesia de los hombres malos y perversos, (2) y traiga á las naciones pervertidas á la salud y sabiduría por medio de la luz de la caridad de Jesucristo.

Cosa es bien admirable y que excede á toda nuestra ponderación. Nuestro siglo sigue su camino tan laborioso, enorgullecido de sus recursos, de su fuerza, de sus armas, de su genio; pero la Iglesia atraviesa los siglos con paso tranquilo y seguro, confiada únicamente en Dios, hacia quien eleva noche y día sus manos y sus oraciones.

Aunque en su prudencia ella no descuida ninguno de los socorros humanos que el tiempo la ofrece por un efecto de la divina Providencia, sin embargo, no pone en ellos su principal esperanza, sino, antes bien, en la oración y súplicas á Dios, de donde ella saca con qué alimentar y fortificar la vida, pues de esta costumbre de la oración resulta, felizmente, que hallándose fuera del alcance

(1) I. Thes. V. 17.

(2) II. Thes. 3. 2.



de todas las vicisitudes humanas, y en comercio constante con la divinidad, saca la misma vida de Jesucristo y vive plácida y tranquila casi del mismo modo que Jesucristo, á quien la crueldad de los sufrimientos de su Pasión, que pasó por el bien de todos, nada quitó ni disminuyó de su propia y bienaventurada luz y felicidad.

Estos grandes ejemplos de la sabiduría cristiana, han sido siempre religiosamente observados y practicados por todos los que han sido verdaderamente dignos por su virtud del nombre cristiano. Siempre sus oraciones han aumentado en fervor y frecuencia, en los momentos en que affigían á la Iglesia, ó á su Jefe supremo, mayores calamidades, por causa de la astucia ó de la violencia de los malos. Hay un ejemplo memorable de esta práctica entre los fieles de la primitiva Iglesia, ejemplo digno de ser siempre propuesto para imitación de las futuras edades. Pedro, Vicario de Jesucristo, Soberano Pontífice de la Iglesia, había sido encadenado por orden del cruel Herodes y destinado á una muerte segura, y ninguna asistencia ni socorro alguno podía hacerle salir de la prisión. Pero no le faltaba el socorro que puede alcanzar de Dios una santa oración. La Iglesia, en efecto, como lo refiere la Historia Sagrada, derramaba sobre él las más instantes súplicas. «Una oración constante se elevaba para él á Dios, del seno de la Iglesia.» (1) y el celo de la oración animaba tanto más á los fieles, cuanto más viva era la angustia de esta cruel prueba. Ya se sabe cómo fueron oídas aquellas piadosas súplicas. El pueblo cristiano no ha cesado de celebrar con alegría de un eterno agradecimiento, la libertad milagrosa de Pedro. Pero más insigne y completamente divino es el ejemplo que ha dado Jesucristo á su Iglesia, para instruírla y formarla en la

(3) Actas XII, 5.

santidad, no sólo por sus preceptos, sino también por su conducta.

Toda su vida, en efecto, la pasó en oración continua, y cuando en sus últimas horas agonizaba en el huerto de Gethsemaní, en las tristezas infinitas de su alma no sólo oraba, sino que *oraba con efusión*. (1) Y no era por él, seguramente por quien oraba, no teniendo nada que temer, ni necesitando nada, siendo Dios, sino por nosotros, por su Iglesia, cuyas oraciones y lágrimas hacía fecundas en gracias, atribuyéndoselas voluntariamente.

Pero desde que se cumplió la salud del género humano en el misterio de la cruz y fué establecida en la tierra y constituída regularmente la Iglesia, agente de esta salud, después del triunfo de Cristo, comenzó un nuevo orden de providencia para el nuevo pueblo. Conviene considerar aquí los designios divinos. Al querer tomar el Hijo del hombre la naturaleza humana para la redención y ennoblecimiento del hombre, y debiendo contractar de este modo una especie de matrimonio místico con la universalidad del género humano, no realizó su designio sin el libre y completo consentimiento de la que estaba destinada á ser su Madre, y que representaba en cierta manera al mismo género humano, según esta opinión célebre y muy fundada de Santo Tomás de Aquino.

«Por la anunciación se pedía el consentimiento de la Virgen en lugar y representación de toda la naturaleza humana.» (2) De donde se puede asegurar con no menos verdad y exactitud, que nada de este gran tesoro de toda la gracia que el Señor nos ha traído, porque «la gracia y la verdad vienen de Jesucristo» (3), no nos ha sido comunicada por voluntad divina, sino por mediación

(1) Luc. XXII, 43.

(2) III. q. XXX, a. s.

(3) San Juan I. 17.



de María: y así, del mismo modo que nadie puede ir al Padre soberano sino por el Hijo, casi del mismo modo no puede ir nadie á Jesucristo sino por su Madre. ¡Qué sabiduría, qué misericordia brilla en este designio de Dios! ¡Qué maravillosa apropiación á la debilidad y fragilidad del hombre! Porque, Aquel cuya bondad infinita reconocemos y celebramos, es también Aquel cuya infinita justicia publicamos y reverenciamos, y en este amantísimo Salvador, pródigo para nosotros de su sangre y de su vida, á quien amamos, no podemos tener un juez inexorable. También para aquellos á quienes la conciencia de sus actos hace temblar, preciso es absolutamente un intercesor, un abogado que goza de gran crédito cerca de Dios, y al mismo tiempo lleno de tanta benevolencia que no recuse el patrocinio de las causas más desesperadas, y que puede elevar á la esperanza de la divina clemencia á los afligidos y caídos. Este abogado en grado eminente es María, porque ella es poderosa como Madre de Dios omnipotente, y lo que es todavía más preferible, es afa-ble, benigna y muy compasiva.

Por esto Dios nos la ha dado, por lo mismo que El la eligió para ser la Madre de su Hijo, animada de sentimientos maternales, no respirando más que amor y perdón. Así nos la ha mostrado Jesucristo con su conducta, cuando quiso espontáneamente estar sumiso y obedecer á María, como el hijo á su madre; así nos la ha presentado desde lo alto de la cruz, cuando en la persona de Juan, su discípulo, confió á su guarda y solicitud la universalidad del género humano; así, en fin, se ha ofrecido ella misma, cuando al recibir con su grande alma la inmensa y laboriosa herencia que la dejaba su Hijo al espirar, empezó en seguida á cumplir los deberes de Madre universal.

Esta misión de tierna misericordia, divinamente con-

fiada á María y confirmada por el testamento de Jesucristo, la han comprendido desde el principio los Santos Apóstoles y los primeros fieles; los venerables Padres de la Iglesia la han comprendido también y explicado doc- tamente, y todas las naciones, en todas las épocas del Cristianismo, la han sentido unánimemente. Por eso también, bajo el impulso mismo de la fé, nosotros nos vemos arrastrados deliciosamente á María; nada nos importa tanto como ponernos bajo su tutela y patrocinio, confiándola completamente nuestros pensamientos y nuestras obras, nuestra inocencia y nuestro arrepentimiento, nuestras penas y nuestras alegrías, nuestras oraciones y nuestros votos, en una palabra, todo nuestro sér. Todos estamos llenos de la dulce esperanza y confianza de que cuanto sería menos agradable á Dios, procediendo de nuestra indignidad, será aceptado y favorablemente recibido por El, gracias á la recomendación de su Santísima Madre.

De estas dulces y tiernas verdades el alma recibe tanto consuelo, cuanta es la compasión que siente por aquellos que, estando privados de la fé, no veneran á María y no la reconocen por madre, y siente más compasión ante la desgracia de aquellos que, sin dejar de ser partícipes de la fé, se atreven á censurar á los buenos como exagerada su devoción demostrativa hácia á María: en esto faltan gravemente á la piedad que conviene á los hijos.

Esta tempestad de males que agobia tan cruelmente á la Iglesia, indica á los piadosos hijos qué santo deber les obliga á pedir á Dios con más instancias, y qué razón hay para que se esfuercen en dar á estas súplicas la mayor eficacia. A ejemplo de nuestros religiosos padres y antecesores recurramos á María, nuestra Santa Soberana; invoquemos, supliquemos todos juntos á María,



madre de Jesús y madre nuestra, diciéndole: «Mostraos nuestra Madre, y haced que acepte nuestras súplicas Aquel que, nacido por nosotros, ha consentido ser hijo vuestro.» *Monstra te esse matrem, sumat per te preces, qui pro nobis natus tulit esse tuus.* (1)

Pero entre las diversas formas y maneras de honrar á la divina María, yá que es preciso preferir las que sabemos que le son agradables á esta Madre, conviene indicar en particular, y recomendar muy especialmente el Santo Rosario. La costumbre popular ha dado el nombre de *corona* á esta manera de orar, por razón de que reúne en hermosos lazos los grandes misterios de Jesús y de María, alegrías, dolores y triunfos. Y ciertamente que la piadosa consideración de estos augustos misterios, meditados en su orden, es de maravilloso auxilio para los cristianos, yá para aumentar su fé y protegerla contra el contagio de los errores, yá también para levantar y conservar el vigor del alma.

En efecto, el pensamiento y la memoria del que así ora, iluminados por la fé, se trasladan en espíritu hácia esos misterios con el más eterno entusiasmo, absorbiéndose en la fé y penetrándola, no pudiendo admirar, lo bastante, la obra inefable de la Redención de los hombres, realizada á tan alto precio y por una série de hechos tan grandes. El alma entónces se inflama de amor y reconocimiento ante estos testimonios de la caridad divina; ella siente fortificarse y crecer su esperanza, y se hace más ávida de aquellas recompensas celestiales que Cristo ha preparado á los que se unan á él imitando sus ejemplos y participando de sus dolores.

Y, además, el Rosario repite las propias palabras que nos vienen de Dios mismo, del Arcángel Gabriel y de

(1) Exsacra liturgia.

la Iglesia; llena esa oración de alabanzas y de deseos de salvación, se renueva y se continúa en un orden á la vez uniforme y variado, y produce sin cesar nuevos y suaves frutos de piedad.

Debe creerse que la misma Reina del Cielo ha atribuido una gran eficacia á este modo de oración, pues que ha sido apostado y propagado por una revelación de ella y bajo su inspiración, por el ilustre padre Santo Domingo en una época muy hostil al nombre católico, y á poco, casi parecido al nuestro, como un arma de guerra para combatir ventajosamente á los enemigos de la fé. Y en efecto, la secta de los heréticos albigenses, en una parte clandestinamente y en otras abiertamente, se había esparcido por un gran número de regiones. Esa secta era una atroz secuela y como posteridad de los Maniqueos, cuyos monstruosos errores renovaba al propio tiempo que suscitaba fracciones, matanzas y frecuentemente un odio mortal contra la Iglesia. No se podía esperar yá nada en el medio humano contra esa funesta é impudente secta, hasta que vino Dios con el auxilio oportuno, por medio del Rosario de María. Y así, bajo los auspicios de la Virgen gloriosamente victoriosa de todas las herejías, las fuerzas de los impíos fueron derribadas y destruidas, y la fé de la mayoría se salvó y preservó. En cada nación, peligros semejantes, en gran número, han sido apartados y se han obtenido beneficios, como atestigua la historia antigua y moderna, por medio de abundantes documentos. ¿Y qué recomendación más insigne para el Rosario, que el apresuramiento con que en su institución ha sido acogido y convertido cómo en hábito de todas las clases de la sociedad? Sin duda, la religión del pueblo cristiano tiene bastantes maneras de honrar y celebrar bajo muchos títulos á la divina María, tan elevada por alabanzas universales por cima de todas las criaturas. Pero tiene